

La antropología, la sociología y otras disciplinas dudosas

Cuando usamos el término «disciplinas» nos referimos, en realidad, a tres cosas al mismo tiempo. En primer lugar, a categorías intelectuales, modos de afirmar que existe un campo de estudio definido con algo parecido a límites, aunque sean controvertidos o borrosos, y con modalidades de investigación aceptadas como legítimas. En este sentido, las disciplinas son constructos sociales cuyos orígenes pueden rastrearse en el sistema histórico en el que cobraron forma y cuya definición —que con frecuencia se enuncia como eterna— puede cambiar con el tiempo.

En segundo lugar, las disciplinas son estructuras institucionales que han ido adoptando una forma cada vez más elaborada desde el siglo XIX. Las universidades se dividen en departamentos que llevan nombres disciplinares, los títulos universitarios corresponden a disciplinas específicas y los profesores tienen cargos que también comprenden el nombre de la disciplina a la que se dedican. Las divisiones de las bibliotecas, los catálogos editoriales y los anaqueles de las librerías, las distinciones, los premios y las conferencias, y las asociaciones de estudiosos también responden a esa división en disciplinas. En su dimensión institucional, las disciplinas son omnipresentes.

Por último, las disciplinas son también una cultura. Habitualmente, los académicos que dicen pertenecer a un grupo disciplinar comparan con los otros miembros del grupo experiencias y contactos: han leído los mismos textos «clásicos»; participan de los mismos debates tradicionales, que a menudo son distintos de los de las disciplinas lin-

dantes; tienen un mismo estilo y reciben recompensas por ello. Y si bien esa cultura puede modificarse con el tiempo —y de hecho así sucede—, si se hace un corte temporal de un período determinado, se aprecian modos de presentación que son valorados por los miembros de una disciplina y no por los de otra. Para ilustrar lo antedicho con un ejemplo sencillo: a los historiadores se les enseña a dar más importancia a las fuentes primarias que a las secundarias y, en consecuencia, valoran en mucho el trabajo de archivo, que es una actividad menor en otras disciplinas sociales. De hecho, si un antropólogo se limita a recolectar datos de archivo, su trabajo no gozará de gran aceptación en su ámbito disciplinar. Esas actitudes son prejuicios culturales difíciles de justificar en el plano intelectual pero muy arraigados en el mundo real de la interacción entre académicos.

Y ya que lo que aquí presento es una serie de ideas para algo que debe adecuarse al título «Congreso de antropología», me permitiré comenzar con lo que considero (aunque quizá me equivoque) un prejuicio de la antropología. Al igual que entre los historiadores pero a diferencia de todas las otras ciencias sociales, en antropología se considera adecuado comenzar un análisis narrando anécdotas, fragmentos del mundo que rodea al investigador. Y dado que el congreso de antropología donde presenté originalmente estos temas se realizó en honor de Sidney W. Mintz, comenzaré con una anécdota del propio Mintz.

El año en que se fundó el Centro Fernand Braudel, 1977, invité a Mintz a Binghamton para que dictara un seminario para nuestro cuerpo docente que se condijera con nuestras ideas, y él accedió. Pero yo no me detuve allí y le sugerí un título para el seminario: «¿Eran proletarios los esclavos de las plantaciones?». Con toda gentileza, él aceptó mi título y preparó una charla apropiada, que luego publicamos en nuestra revista.¹ Mintz analizó los distintos procesos sucesivos relacionados con el trabajo en las plantaciones del Caribe a lo largo de varios siglos y escribió un artículo minucioso y reflexivo sobre las limitaciones de las definiciones tradicionales de los términos «esclavo» y «plantación», que siempre aparecían definidos «por separado». Sin embargo, su respuesta a la pregunta del título fue tentativa.

Quiero llamar la atención respecto de dos cosas. En primer lugar, lo que yo hice fue violar una norma bastante fuerte en la academia: uno puede sugerirle a un estudioso invitado de qué hablar, pero no se ve con buenos ojos que se le dicte el título directamente. Yo, por supuesto, lo hice con toda deliberación, porque quería que Mintz proporcionara una respuesta a mi pregunta. Segundo, la pregunta que le propuse a Mintz no es de las típicas que se hacen a los antropólogos, ni siquiera de las que los antropólogos plantean dentro de su disciplina.

De hecho, es casi imposible imaginar a Malinowski o a Lucy Mair respondiendo a un interrogante de este tipo. Ya era bastante extraño que el loco de Mintz considerara que el estudio de la esclavitud en las plantaciones correspondiera a la antropología, pero utilizar el término «proletario» en relación con las plantaciones era ir demasiado lejos, porque se trata de una expresión que normalmente no aparece en los textos canónicos de la disciplina. La usan los economistas (*algunos* economistas), los historiadores, y quizá los sociólogos; pero los antropólogos, no. Emplear el término en el contexto que yo le propuse a Mintz era cruzar el límite que separaba a Occidente del resto del mundo y, si bien hoy ese límite parece haber perdido en cierta medida su preponderancia dentro de la comunidad de los antropólogos (aunque no estoy tan seguro de que esa así), en 1977 eso no estaba ni cerca de ocurrir.

La segunda anécdota que voy a relatar es más breve. Se refiere a Hugh Gusterson, profesor de antropología en el Massachusetts Institute of Technology. En una entrevista para *The New York Times*, Gusterson responde a la pregunta de cómo había llegado al estudio de las tradiciones y costumbres de los científicos dedicados a las armas nucleares. El final de esa respuesta es: «En 1984, no era común hacer trabajo de campo dentro de la propia cultura. Si se lo hacía, era siempre mirando hacia abajo: los residentes en guetos, las madres que reciben ayuda social del Estado, y otros grupos similares. Hoy en día, se ha abierto un campo que crece a toda velocidad: la antropología de la ciencia» (Dreifus, 2002).

La tercera anécdota concierne a un historiador. En una reseña de un libro de Richard D. E. Benton sobre la violencia en la vida política parisina entre los años 1789 y 1945, recientemente publicado, David A. Bell, de la Johns Hopkins University, le hace la siguiente crítica: «Al adoptar la postura de un antropólogo —es decir la de un científico que se queda a un costado tomando apuntes mientras los nativos que estudia se matan entre sí salvajemente— [Burton] cae en la trampa en la que ya cayeron muchos otros: no toma en serio las razones por las cuales los sujetos que son su objeto de estudio creen que deben luchar y morir» (Bell, 2002: 19).

Siempre es revelador enterarse de cómo lo ven a uno los colegas de los departamentos vecinos, aunque puede llegar a ser desconcertante. No voy a tomar partido respecto de estas críticas intestinas, pero es claro que Bell se refiere a las distintas tonalidades culturales de cada comunidad, la de los antropólogos y la de los historiadores. No hace mucho tiempo, la cuestión de que los antropólogos están «a un costado tomando apuntes mientras los nativos que estudia[n] se matan en-

tre sí salvajemente» ha sido objeto de un debate tan acalorado en la Asociación Antropológica Norteamericana que se hizo público y fue recogido por medios de comunicación ajenos al ámbito académico.

Todas las anécdotas que he narrado se refieren a las disciplinas en tanto disciplinas. ¿Cuál debería ser su objeto de estudio? ¿Cómo deberían abordarlo? ¿Importan las líneas divisorias? Y si es así, ¿para qué y para quién? Voy a dejar en claro mi posición. Hay tres cosas que creo firmemente. La primera es que la construcción social decimonónica de las disciplinas como esferas intelectuales ha durado más que los fines que le dieron origen, y hoy no es sino un escollo para el trabajo intelectual serio. En segundo lugar, el marco institucional de las disciplinas es extremadamente fuerte, aunque también es cierto que existen grietas en las estructuras generales del saber, grietas que por el momento solo pueden ver quienes se proponen buscarlas y que hacen que la solidez de las instituciones académicas sea mucho más endeble de lo que los miembros de esas instituciones se imaginan. Por último, cada una de las culturas disciplinares tiene una riqueza que debe cosecharse, separando la paja del trigo, y sumarse a los aportes de otras disciplinas para reconstruir las ciencias sociales. A continuación, desarrollaré cada uno de estos enunciados.

La justificación intelectual de las disciplinas

Entre los años 1993 y 1995, presidí la Comisión Gulbenkian para la Reestructuración de las Ciencias Sociales, y como fruto de nuestro trabajo publicamos un informe que se tituló *Abrir las ciencias sociales* (Wallerstein et al., 1996).² En el capítulo 1 del informe nos ocupamos de «la construcción histórica de las ciencias sociales, desde el siglo XVIII hasta 1945», y explicamos que las líneas intelectuales de las disciplinas que habían sobrevivido (porque los nombres de las disciplinas deben pensarse como productos sobrevivientes de un proceso de acumulación que ha durado más de un siglo) giraban en torno de tres ejes: la oposición entre el pasado (la historia) y el presente (la economía, la ciencia política y la sociología); la antinomia Occidente (las cuatro disciplinas ya mencionadas)-el resto del mundo (la antropología y los estudios orientales), y la estructuración del presente nomotético occidental alrededor de la distinción liberal entre el mercado (la economía), el Estado (la ciencia política) y la sociedad civil (la sociología).

Desde el siglo XXI, es fácil ver las limitaciones de estos ejes y, de hecho, en los últimos 30 años del siglo pasado, muchos científicos sociales comenzaron a ignorarlos en la práctica. Más aún, hubo quienes in-

tentaron redefinir las premisas intelectuales de las distintas disciplinas teniendo en cuenta la realidad y transformar lo que podría considerarse intromisión académica en actividades disciplinares legítimas. Pero podemos estar seguros de que, en la década de 1950, cuando yo me recibí, los límites trazados en el siglo XIX seguían firmes y hasta se los defendía con vehemencia dentro de cada una de las disciplinas.

¿Qué fue lo que sucedió? La respuesta es muy sencilla: el mundo cambió. Estados Unidos se convirtió en una potencia hegemónica con responsabilidades de alcance mundial; el Tercer Mundo se transformó en una fuerza política, y la educación universitaria se extendió masivamente en todo el mundo, con el consiguiente aumento masivo en la cantidad de científicos sociales que llevaban a cabo sus investigaciones y publicaban sus trabajos. Las dos primeras transformaciones volvieron insostenible la distinción entre disciplinas que se ocupan de Occidente y disciplinas que centran sus estudios en el resto del mundo, y la tercera condujo a una búsqueda de originalidad en el trabajo científico por medio de la intromisión y el cruce de fronteras disciplinares. Hoy en día, los títulos de las ponencias que se leen en los congresos anuales organizados por las asociaciones de científicos sociales son casi idénticos, con la diferencia de que, delante de la misma frase nominal, aparecen las variantes «antropología de», «sociología de» o «historia de».

¿Son de verdad distintas esas ponencias que se leen en los congresos? Hasta cierto punto, sí, si tenemos en cuenta los aspectos de la «cultura» disciplinar. Pero, en realidad, se parecen más de lo que podríamos imaginar, y un científico social que viniera a estudiar desde Marte bien podría preguntarse si las diferencias existentes justifican las disputas. Por eso, me gustaría explorar la siguiente idea quijotesca: supongamos que fundimos todas las disciplinas sociales en una facultad gigantesca a la que podemos llamar «Facultad de Ciencias Sociales Históricas». La psicología no quedaría incluida en esa facultad, por dos motivos: porque el nivel de análisis con el que trabaja es bien distinto y porque hoy en día la mayoría de los psicólogos (aunque no todos) preferirían que su disciplina quedara dentro de las ciencias biológicas y no dentro de las sociales. Y, a mi juicio, tienen razón, considerando el tipo de trabajo que realizan.

Ahora bien, cuando el hada madrina se vaya de la facultad y nos encontremos con el milagro, sentiremos que la nueva estructura es demasiado grande y pesada para nosotros. A muchos, quizás a la mayoría, ya nos parece que los departamentos que existen son algo difusos. Fusionarlos agravaría el problema considerablemente, porque todos sabemos lo que ocurriría: se armarían grupillos entre los que se sintieran más cómodos juntos y, tarde o temprano, habría nuevas subdivisiones

y, quizá, nuevos departamentos, probablemente con nombres muy distintos de los que tienen ahora. Eso fue lo que sucedió cuando, en la mayoría de las universidades, la zoología y la botánica se unieron en un departamento común, el de biología, entre 1945 y 1955. Hoy, el departamento de biología se divide en muchas, muchísimas, orientaciones, pero ninguna se llama «botánica» ni «zoología».

¿Cuáles son las verdaderas líneas divisorias intelectuales que rigen las ciencias sociales en la actualidad? Existen tres grupos de académicos. Uno de ellos es el de los científicos que todavía adhieren a la clásica visión nomotética y pretenden elaborar leyes sobre la conducta social de la mayor generalidad posible, por medio de estudios cuasi-experimentales y con datos tan cuantitativos como sea posible que puedan reproducirse. En la actualidad, son el grupo dominante en los departamentos de economía (al menos en Estados Unidos, pero no solo allí) y, cada vez más, en los de ciencia política; son fuertes en sociología y geografía, y también están presentes, aunque en mucho menor medida, en historia y antropología. Los científicos de este grupo comparten una buena cantidad de premisas básicas y hasta de preferencias metodológicas, como el individualismo. Cuchichean unos con otros, y les encantaría poder hacer eso todo el tiempo.

El segundo grupo es heredero de la tradición idiográfica en más de un sentido. Sus miembros prefieren estudiar lo particular y lo diferente, pero no se trata de una cuestión de escala: si bien es cierto que muchos de ellos se dedican a fenómenos pequeños, algunos se aventuran con fenómenos grandes. Lo que los distingue es que se les ponen los pelos de punta cuando se menciona la palabra «uniformidades». En consecuencia, no buscan recopilar datos cuantitativos, aunque a veces los utilizan en distintas instancias de su investigación. En realidad, lo importante es qué hacen con los datos. Pero la mayoría de las veces, recurren a los denominados análisis cualitativos, que son análisis minuciosos, casi textuales. Se compenetran con su objeto, pero no se identifican, porque la identificación es una expresión de poder. Casi por definición, hablan sobre lo que no les gusta de lo que hacen los investigadores de los otros grupos. Sin embargo, cuando presentan sus trabajos, encuentran una enorme resistencia dentro de su propio campo. Son un poquito pendencieros, aunque, claro, frente al asedio de los nomotéticos, huyen y se refugian en su guarida institucional. Se los encuentra en los departamentos de antropología e historia, y su presencia va en aumento en sociología. A ellos se suman algunos politólogos y geógrafos, y algún que otro economista suelto.

El último grupo es el de los científicos que no están a gusto en ninguno de los dos campos. No niegan que quieren construir grandes re-

latos de lo que consideran fenómenos sociales complejos, sino que se vanaglorian de ello. Se trata de un grupo variopinto. Para los datos tienen preferencias heterogéneas, y combinan lo cuantitativo con lo cualitativo según la disponibilidad y la plausibilidad. Sus grandes relatos lindan con explicaciones filosóficas más amplias pese a que ellos prefieren lo empírico en la práctica, y en algunos casos hasta les gustaría entablar un diálogo con quienes técnicamente se definen como filósofos. También tocan cuestiones políticas, y algunos entran en diálogo con los politólogos que se autodenominan especialistas en relaciones internacionales. Los miembros de este grupo están en todos lados, en los departamentos de historia, de sociología, de antropología, de geografía, de economía (sobre todo, de economía política) y de ciencia política, pero siempre son minoría. Ellos también cuchichean, quizá más que los miembros de los otros grupos. Tal vez eso sea consecuencia de la sensación de ser una minoría perseguida.

Si dejáramos a los científicos sociales en una facultad de ciencia social histórica (o ciencias sociales históricas), se agruparían en «disciplinas» siguiendo los lineamientos intelectuales expuestos más arriba. Una configuración de ese tipo sería mucho mejor que cualquiera de las estructuras universitarias que hemos tenido. Pero, ¿es posible dejar a los científicos sociales solos?

El marco institucional de las disciplinas

Las disciplinas son organizaciones y, como tales, tienen sus cotos de caza, que muchos de sus miembros defenderían a muerte de ideas quijotescas, como la que acabamos de presentar, que representen una amenaza para la configuración histórica en la que las organizaciones se encuentran hoy en día. No hay discusión puramente intelectual que pueda hacer cambiar de opinión a la mayoría de los científicos del mundo, porque ellos defienden sus «intereses» y tal vez la mejor forma de defenderlos es mantener el statu quo. Están más que dispuestos a apoyar proyectos multi-, inter- o transdisciplinarios porque, en última instancia, llevar a cabo esos proyectos implica y reafirma la existencia de disciplinas con un saber específico que sí puede utilizarse para crear un tapiz, si lo que se quiere es un tapiz, pero no para una pintura donde se pierdan las especificidades. Así, los proyectos multi-, inter- y transdisciplinarios no ponen en jaque la existencia de las disciplinas en cuanto organizaciones sino todo lo contrario: la refuerzan.

¿Quiénes son los que defienden su coto de caza con uñas y dientes? La respuesta a esa pregunta está teñida por la ideología personal de

quien la responda, pero hay una distinción que hacer en términos de generaciones: los jóvenes suelen ser audaces, o al menos curiosos y tal vez impulsivos. Los mayores tienen que cuidar que no se alejen de la parcela que les corresponde imponiéndoles sanciones. Los más viejos suelen ser reflexivos y estar cansados de las cosas sin sentido a las que les dedicaron tantos años. A ellos es difícil sancionarlos, pero se los puede hacer a un lado y transportar al país del nunca-jamás de los títulos honoríficos, donde el prestigio reemplaza al poder.

Los verdaderos villanos de la historia son los que tienen entre 45 y 50 años, que ocupan los cargos de profesores con dedicación exclusiva, titulares de cátedra, presidentes de asociaciones, miembros de comisiones nacionales y jurados que otorgan premios. Ya han pasado la época ignominiosa de ser ayudantes de cátedra y, peor aún, meros graduados. Se han esforzado para ascender en la carrera universitaria. Se han hecho un nombre entre sus colegas (en el ámbito local, en el nacional y en el internacional), en la mayoría de los casos con justicia. ¿Está bien entonces juzgarlos por no querer tirar todo por la borda, dar por tierra con las posiciones que supieron ganarse y volver a caer todos en la misma bolsa, para luego tener que salir y hacerse camino nuevamente a los golpes, esta vez sin las herramientas con las que estaban acostumbrados a luchar? Por supuesto que no. Y además, ellos no lo permitirían. Quizás haya uno o dos desquiciados que se animen, pero nunca serían suficientes para provocar el cambio. Y es bueno recordar que esta gente es la que de verdad tiene el poder en las organizaciones disciplinares.

De modo que, personalmente, no tengo la menor esperanza de que la pequeña burguesía se suicide en masa, como creía Amílcar Cabral (uno de los más lúcidos analistas) que sucedería con los movimientos de liberación nacional. De ninguna manera. Van a resistirse a la reforma hasta la última gota de sangre, y tienen más de una forma de hacerlo. Y los jóvenes y los más viejos no pueden hacerles frente. Pero, pese a todo, los defensores del statu quo pueden perder la batalla, porque es posible que haya contendientes a su medida. Y esto por dos motivos.

En primer lugar, por la cantidad de anomalías intelectuales, que son cada vez más numerosas, y más evidentes. ¿Evidentes para quién? En principio, para la opinión pública en general. ¿Cuántas veces leemos en los periódicos quejas como «para qué sirven los economistas si nunca aciertan con sus pronósticos»? Más allá de que la queja tenga fundamentos o no los tenga, lo importante es que refleja la falta de legitimidad del trabajo de los científicos sociales y, en última instancia, las ciencias sociales dependen de su legitimidad dentro del sistema social del que forman parte. Sin esa legitimidad, no hay respeto y no hay fondos,

y la incorporación de nuevos recursos humanos disminuye. Y lo cierto es que, después de 150 años de mucho trabajo, las ciencias sociales tienen poco para mostrar de lo que han hecho y no pueden cumplir con la tarea que se les exige desde afuera: aportar soluciones para los «problemas» del presente.

Tarde o temprano, esa incapacidad va a convertirse en una preocupación para quienes ocupan posiciones dentro del sistema universitario o de otras estructuras del saber, cuya función es actuar como nexos entre la academia y el sistema social que la contiene y conseguir el dinero, el poder y la legitimidad que el sistema social confiere a las universidades y las otras estructuras del saber. El trabajo de esas personas, las autoridades educativas (los decanos y rectores universitarios y, en muchos países, los ministros de educación) no consiste en mantener la estructura académica de disciplinas separadas sino en proporcionar a la sociedad la mejor organización posible para la producción y reproducción del saber. Su trabajo es tanto político como intelectual. Casi todas las autoridades educativas son ex académicos que ya no están en condiciones de producir nuevos trabajos serios o que ya no pueden competir con los trabajos de otros, ni siquiera dentro de su campo de especialización. Con los años, se han ido alejando de las organizaciones disciplinares que gobernaban su actividad, incluso si todavía están en edad de pertenecer a los grupos poderosos dentro de ellas.

Desde el punto de vista de las autoridades, las ciencias sociales no son precisamente un motivo de felicidad: no generan dinero para la universidad, como sí lo hacen las ciencias físicas y biológicas, ya no gozan de la legitimidad que tenían en su época de esplendor, las disciplinas se superponen, y no pasa una semana sin que entre un investigador en su despacho para solicitar la creación de un nuevo centro de estudios (casi siempre denominado «interdisciplinario») o la aprobación de un nuevo plan de estudios, o el establecimiento de un nuevo departamento. O sea que, mientras se cuestionan la cantidad de planes de estudio ya existentes, reciben el asedio de nuevos pedidos. Y, como si esto fuera poco, muchos de los solicitantes juegan el doble juego de actuar en respuesta a ofertas externas a la institución, de modo que más de una vez, las autoridades se ven obligadas a ceder y aprobar la creación de un epiciclo más en la carta astronómica de las ciencias sociales.

A todo esto se suman las preocupaciones económicas de largo plazo. Es sabido que los fondos destinados a la educación varían de año a año, de acuerdo con los avatares bursátiles. Pero el tema no termina allí. Entre 1945 y 1970, el sistema universitario se expandió a la velocidad de la luz, y esa era una época en la que el mundo nadaba en la opulencia, que algunos denominamos primera fase de Kondratieff. Ese pe-

río terminó alrededor de 1970, y desde entonces transitamos la segunda fase de Kondratieff, en la que la expansión económica se detuvo, pero la universitaria no, como consecuencia de la presión popular. Un porcentaje cada vez mayor de los alumnos que terminan el colegio secundario pretende ingresar en la universidad porque cree que así tendrá más oportunidades en la vida, y los gobiernos y empresarios del mundo respiran aliviados porque esos jóvenes *no* ingresarán todavía en el mercado laboral, dada la cantidad comparativamente mayor de trabajadores adultos.

La combinación de esos dos factores, más alumnos y menos dinero, equivale a una crisis crónica con la que todos hemos convivido. Y no hay razones para suponer que las limitaciones económicas vayan a desaparecer. Es cierto que puede producirse otra primera fase, pero también es cierto que el sistema universitario mundial seguirá expandiéndose. La gente vive más y, por lo tanto, trabaja más, de modo que las autoridades de nuestro sistema-mundo harán lo imposible por mantener a los jóvenes fuera del mercado laboral. Retenerlos dentro del sistema universitario es una solución social genuina, pero muy costosa.

¿Qué haríamos en el lugar de las autoridades universitarias? Buscaríamos la forma de ajustar las riendas. Una posibilidad sería hacer que los profesores dieran cursos cada vez más numerosos. Eso es lo que yo llamo la secundarización de las universidades, un proceso que avanza a pasos agigantados y que obliga a los docentes prestigiosos a buscar refugio en otra parte (en instituciones de investigación permanente o en estructuras de investigación pertenecientes a corporaciones). Para las autoridades, el proceso conlleva pérdidas en prestigio y ganancias financieras, ya que se deshacen de los profesores más costosos.

Otra posibilidad es unir departamentos. ¿Por qué no? Si de hecho se superponen, ninguno enseña lo suficiente y la situación es confusa para los alumnos. Un nuevo departamento, con un nombre atractivo, llamaría la atención de los alumnos y permitiría un ahorro significativo. Podría considerarse hasta audaz desde el punto de vista intelectual. Así, cuando digo que la estructura de disciplinas tiene grietas que pasan inadvertidas, la intervención de las autoridades es la primera grieta que tengo en mente.

Tal vez, las autoridades pueden hacer un buen trabajo de reorganización. Yo tengo dos temores, sin embargo. El primero es que se guíen más por cuestiones presupuestarias que por criterios intelectuales. Después de todo, no cobran para decidir cuál es la mejor forma de definir la labor de los académicos, sino para contratar profesores con el fin de generar un producto que sea útil a la sociedad. Puede ser que las

que se consideran las mejores universidades del mundo mantengan agrupaciones de élite que respondan a una justificación puramente intelectual de largo plazo, pero nunca habrá en ellas puestos de trabajo suficientes para todos los profesores de lengua y cultura académica. Y el problema con las decisiones que se toman por razones de presupuesto es que están regidas por la moda del momento o por las necesidades de los alumnos según las entienden sus potenciales empleadores.

Mi segundo temor es que las reformas iniciadas por las autoridades sean distintas en cada lugar, teniendo en cuenta que las circunstancias son diferentes en cada rincón del mundo y que las autoridades no responden a una organización transnacional fuerte como la de los académicos de una misma disciplina. La consecuencia podría ser la dispersión del trabajo intelectual en el nivel mundial, y eso podría atentar contra el surgimiento de instituciones que facilitarían la creación y preservación de comunidades académicas internacionales.

Es probable que mis temores sean infundados e injustos para con las autoridades, sobre todo si consideramos que los académicos y profesores no están en condiciones de hacer algo mucho mejor. Lo fundamental es que nos dirigimos a un período de caos en la estructura de las disciplinas y, si bien es cierto que del caos siempre surge un orden (para hacerme eco de las palabras de Prigogine), el resultado es siempre incierto (para tomar otra frase recurrente de Prigogine). No saldremos ilesos si no observamos con lucidez lo que está ocurriendo.

La cosecha del cultivo de las ciencias sociales

Aquí entramos en terreno pantanoso, para el que elijo una metáfora agrícola referida a la variedad de frutos de la tierra que pueden combinarse y transformarse para ofrecernos productos que nos son de suma utilidad (alimentos, vestimenta y todo lo que necesitamos para la vida cotidiana) y que serán mejores o peores según cómo los transformemos, siempre dentro de los límites impuestos por las propiedades del suelo de cultivo.

Quizá sea mejor recurrir a una metáfora pictórica y pensar en un pintor que mezcla colores para realizar un cuadro. Así podremos presentar nuestros colores preferidos, las combinaciones que resultarían más interesantes o más hermosas, y el estilo que dará al cuadro un diseño más significativo. La metáfora del pintor parece dar la idea de un sujeto que está limitado por la realidad exterior, sobre la que tiene poco control o ninguno, pero es más autónomo que el agricultor. De todos modos, no quiero perderme en metáforas sino mostrar mi falta de

certezas respecto de cómo expresar la agentividad o de cuánto hay de agentividad real cuando se analiza el futuro de las ciencias sociales.

Tomaremos, entonces, una serie de prejuicios culturales que funcionan mejor que otras alternativas sobre los mismos fenómenos y que, en conjunto, servirán como basamento para reconstruir de manera hipotética el edificio de lo que denominamos ciencias sociales históricas. Comencemos por el nombre elegido para denominar este nuevo constructo disciplinar. No es posible referirse al mundo real con enunciados que no estén relacionados con la ciencia; con esto me refiero al supuesto de que el mundo es real y puede conocerse (aunque sea en parte). Cada una de las palabras que usamos cuando hablamos o escribimos lleva detrás una teoría y un gran relato, y no hay forma de escapar a eso, por mucho que lo intentemos. Por otro lado, el mundo no puede analizarse y describirse sin situarse en la historia, y con esto quiero decir que toda realidad forma parte de un contexto que cambia y evoluciona continuamente, de modo que lo que se afirma como verdadero deja de serlo en el mismo instante en que se lo enuncia. El problema de las ciencias sociales —y quizá también de las ciencias naturales, pero no nos ocuparemos de ello ahora— es que deben reconciliar la búsqueda de continuidades estructurales (llámense leyes, hipótesis, o cualquier otro nombre que nos guste) con el cambio histórico permanente. Es decir que hay que encontrar modos de análisis, o lenguajes, que permitan zanjar esa contradicción inherente al proceso de conocimiento.

Plantear las cosas de esta manera es una forma de negar la utilidad del *Methodenstreit*, de rechazar tanto la postura nomotética como la idiográfica por considerar que estamos condenados a adoptar ambas en todo momento y en todas las circunstancias. Hoy en día, muchos científicos sociales, o tal vez la mayoría, se sentirían incómodos con esta realidad, y con razón, puesto que anula las culturas con las que han socializado durante mucho tiempo. Pero se sabe que las culturas pueden cambiar, que de hecho cambian, que son maleables, aunque el proceso cueste. Personalmente, confío en que dentro de 50 años, en un congreso de antropología en honor de Sidney W. Mintz (aunque es posible que el término «antropología» ya no figure en el nombre del congreso), esta *Aufhebung* sea tan natural que no necesite que nadie la explique.

¿Qué tipo de trabajo haríamos en una cultura así? En gran medida, trabajo empírico; pero no cualquier trabajo empírico. Partamos de lo que para mí es el defecto epidémico de las ciencias sociales tal como las conocemos en la actualidad. Mucho de lo que se hace en investigación consiste en elaborar explicaciones de alguna variable dependiente sin

demostrar empíricamente que lo que hay que explicar es real. Es fácil suponer que una proposición creíble es real. Contra eso, Ranke insistió en que la historia debía ocuparse solo de *wie es eigentlich gewesen ist*. Y, hace ya medio siglo, Paul Lazarsfeld (1949) demostró que los hechos obvios dejan de ser obvios cuando se pasa al plano de la evidencia empírica. Y los primeros etnógrafos debieron enfrentarse a imágenes de conductas extrañas, supuestamente salvajes, que se veían muy distintas si se las observaba de cerca. Ranke usó su advertencia para argumentar a favor de proporcionar material de archivo como evidencia en historiografía. Lazarsfeld, para demostrar la utilidad de las encuestas de opinión. Y los primeros etnógrafos, para mostrar las ventajas de la observación participante. Así, parece que las soluciones propuestas fueron muchas, y todas tienen sus limitaciones, pero lo importante es que más de un científico, y de ámbitos distintos, advirtió el problema.

Sin un enunciado sobre una variable dependiente con una demostración empírica razonable, no puede haber análisis. Eso no implica que el postulado tenga que ser correcto, ya que nunca hay hechos definitivos, de ningún tipo. Pero entre un hecho definitivo y una realidad que se presupone pero nunca se demostró hay un buen trecho, y en ese trecho tienen que trabajar las ciencias sociales históricas: en el universo de lo que es probable que realmente haya sucedido en el mundo. Para ello, los modelos deductivos son inadecuados. El saber compartido es, en el mejor de los casos, una fuente de ideas que pueden llegar a ser correctas pero que son en sí mismas objeto de estudio. Por eso, el trabajo de campo (en el sentido más lato y más amplio que podamos dar al término) es nuestra eterna responsabilidad. Una vez que tengamos qué explicar, necesitaremos conceptos, variables y métodos para explicarlo. Y sobre conceptos, variables y métodos ya hemos discutido bastante, a los gritos y, en términos generales, sin demasiados frutos.

Todos usamos conceptos. Si no, nadie podría decir nada. Todos tenemos en la mente un conjunto de conceptos que hemos ido adquiriendo desde la infancia. Algunos, como «necesidad» o «interés», tienen que ver con la vida cotidiana; otros, como «cultura» o «sociedad», parecen evidentes, y otros, como «burguesía» o «proletariado», son específicos y parecen «cultos». Hay quienes los cuestionan, pero otros los invocan todo el tiempo. En ese sentido, es bueno recordar la advertencia de Lucien Febvre (1962: 481): «nunca es una pérdida de tiempo escribir la historia de una palabra», comentario que hizo a propósito del concepto de civilización. Esa verdad elemental, que durante mucho tiempo hemos pasado por alto, es lo que quienes se dedican a la deconstrucción han pretendido reinventar. En Alemania, existe un *Archiv für Begriffsgeschichte* cuya existencia muchos científicos sociales

desconocen, o, en caso de conocerlo, no lo consultan porque consideran que esas cuestiones son para los filósofos o los historiadores de las ideas.

De la misma manera, la gran mayoría de los científicos sociales pasa por alto las limitaciones de la morfología. La enumeración de las diversas variantes de un fenómeno tiende a ser una suerte de empirismo ciego, sin principio rector. Las morfologías son formas de crear un principio de orden en esa «confusión floreciente y bulliciosa» que es la realidad, y de hecho son hipótesis causales implícitas. Su utilidad puede variar, pero dejan de ser útiles en el preciso instante en el que sus categorías se multiplican sin necesidad, habitualmente más allá de tres o cuatro. Esto indica que es necesario que los científicos sociales examinen sus premisas filosóficas y epistemológicas con cuidado y más de una vez, y que las discutan. En la actualidad, la *Begriffsgeschichte* o los modos de construcción de una morfología no se consideran una piedra angular de la investigación ni parte necesaria de los planes de estudio de las carreras de grado. En este tipo de cuestiones, el científicismo tiene como consecuencia actitudes claramente no científicas, y lo peor es que esto pasa inadvertido.

Cuando pasamos a las variables, otra vez debemos establecer unas verdades muy sencillas. O para seguir con la metáfora anterior, es necesario que los prejuicios de unos pocos se incorporen en la práctica de todos. En primer lugar, voy a defender el tiempo pasado. Casi todos los enunciados de la ciencia deberían hacerse en tiempo pasado. Formularlos en tiempo presente equivale a suponer la universalidad y la existencia de una realidad eterna. El argumento no es un juego gramatical. Todo lo que sucedió ayer ocurrió en el pasado y, en consecuencia, las generalizaciones sobre lo sucedido ayer son generalizaciones sobre el pasado. Quizás esto ofenda a algunos antropólogos (existe el famoso «presente antropológico») y a la mayoría de los economistas y sociólogos de las corrientes dominantes, pero escribir y hablar en pasado sirve para recordarnos que nuestros análisis tienen carácter histórico y que debemos ser prudentes en el plano teórico.

También voy a defender el plural. La mayoría de los conceptos se enuncian en plural: civilizaciones, culturas, economías, familias, estructuras del saber, y la lista continúa. No es que no se pueda definir una palabra y decir que lo que no concuerda con esa definición no entra dentro de la descripción del término en cuestión. Pero, como bien sabemos, casi todos los términos que se refieren a conceptos se definen de varias maneras, incluso de muchas maneras, y no es muy útil para el debate académico excluir las discrepancias procediendo por deducción a partir de la propia definición. Sin embargo, gran parte del traba-

jo académico se hace así, y lo que no responde a ese esquema es objeto de sanción. Lo que no se encuadra dentro de una definición acotada se tilda de periodismo, eclecticismo o desviación de la verdad.

Junto con el pasado y el plural, quiero defender también la cultura de las temporalidades múltiples, las espacialidades múltiples y los múltiples espacios-tiempos. El *Methodenstreit* dominante en ciencias sociales desde fines del siglo XIX ha producido una polarización de la comunidad científica como si fuese un campo de batalla en el que todos estamos obligados a elegir un bando y considerar que lo que se hace en el otro es falso, irrelevante o peor que lo que se hace en el nuestro. Este conflicto impuesto no solo ha sido contraproducente, sino que además nos ha llevado a ignorar que existen otras temporalidades y otras espacialidades que son muy importantes, entre las que se incluye la más importante: la *longue durée* de Braudel, el concepto necesario para comprender que la realidad es al mismo tiempo sistémica e histórica. Si vamos a hacer ciencias sociales históricas, es preciso comprender cómo se ve la realidad en cada una de las posibles temporalidades y espacialidades. Y eso es necesario tanto si lo que vamos a analizar es un tema macro, como la historia del sistema-mundo moderno, o un tema micro, como la introducción de un elemento nuevo en la vida de una aldea remota.

Más allá de cuál sea el tema de investigación, los análisis tienen que ser mucho más fluidos para poder pasar de una esfera a otra, de lo que nos gusta llamar economía a lo que llamamos sistema de gobierno, o a lo que llamamos sociedad o cultura. No hay *ceteris paribus* posible, porque las otras condiciones nunca quedan igual. Es posible dejar por un instante de lado elementos para estudiar variables inmediatas, dado que puede resultarnos difícil hablar de todo a la vez. Lo que no es posible es creer que las variables que dejamos de lado no inciden en las que estamos estudiando. Las ciencias de la complejidad enseñan que, aun con una alteración imperceptible en las condiciones iniciales, el producto final puede ser radicalmente diferente, más allá de la validez de las ecuaciones utilizadas.

Y así, esto nos lleva a la cuestión de los métodos y las metodologías. Cuando yo estudiaba, me enseñaron que había una diferencia abismal entre metodología con «m» mayúscula y metodología con «m» minúscula. La segunda es el conjunto de técnicas prácticas que utilizamos durante la investigación y que en el pasado se usaban para definir las distintas disciplinas: simulación, encuestas de opinión, observación participante y otras. La única actitud que puede adoptarse respecto de la metodología con «m» minúscula es la heterogeneidad, ya que no se trata más que de métodos para estimar o captar la reali-

dad. Tienen distinto valor relativo cuando el científico se enfrenta a las formas en que el mundo le hace difícil encontrar lo que le interesa. No es cierto que unos sean intrínsecamente mejores que otros, y tampoco es verdad que algunos temas o zonas de investigación estén indisolublemente ligados a un método determinado. Todos los científicos necesitan todos los métodos, porque todos los métodos tienen ventajas y desventajas. Para los investigadores jóvenes, es bueno familiarizarse con la mayor cantidad de métodos posible. Y como a lo largo de este capítulo he enfocado los temas a la luz de prejuicios culturales, invito a dejar esos prejuicios de lado. Nos hará mucho más fuertes.

Sin embargo, la cuestión de fondo concierne a la metodología con «m» mayúscula. Por ejemplo, la pregunta sobre si debemos utilizar datos cualitativos o cuantitativos. En este caso, no se trata de si se permite el eclecticismo o no, sino de saber qué tipo de datos son válidos. Yo propongo unas sencillas reglas tomadas de la sabiduría popular. Es evidente que casi todos nuestros enunciados son cuantitativos, aun si no incluimos más que palabras como «más» o «importante» en su formulación. Y me parece que es más interesante ser más preciso que impreciso en términos cuantitativos. De eso se sigue que, si se puede, es conveniente cuantificar. Pero ese «si» incluye una advertencia que no hay que pasar por alto. Si convertimos a la cuantificación en una prioridad y un imperativo, podemos terminar como en la vieja broma: buscando el reloj bajo la lámpara porque ahí la luz es mejor.

Sin embargo, el asunto no termina allí. Un matemático importante en la actualidad nos advierte: «El método cualitativo no es un mero sustituto de los métodos cuantitativos. Puede introducir grandes avances, como en el caso de la dinámica de los fluidos. Y tiene una ventaja enorme con respecto a la cuantificación: la estabilidad» (Ekeland, 1988: 73). Esto contradice uno de los principales argumentos de las ciencias sociales a favor de la cuantificación: su fiabilidad o estabilidad. Y se relaciona con lo que yo llamaría una cuantificación prematura. La cuantificación solo es útil cuando la investigación ya está en una etapa avanzada y, por tanto, el modelo tiene un alto grado de plausibilidad y los datos son firmes. Debe utilizarse hacia el final del proceso, y no al comienzo, que es el momento propicio para utilizar modelos de análisis no cuantitativos, como la etnografía, puesto que esas técnicas permiten desentrañar cuestiones complejas (y no hay situación social que no sea compleja) y explorar las relaciones causales existentes.

Los datos cualitativos son simples; los cuantitativos, no. La simplicidad, sin embargo, no es el objetivo final del proceso científico sino su punto de partida. Por supuesto, también es posible empezar estable-

ciendo correlaciones estadísticas: la complejización forma parte de la naturaleza del juego, y decir «cada vez más complejo» no necesariamente equivale a decir «cada vez más narrativo». También puede querer decir —quizá deberíamos decir que *más bien* quiere decir— ecuaciones más complicadas, con más y más variables controladas.

Solo en este nivel de complejidad relativa podemos hacer verdaderas comparaciones, comparaciones en las que los términos no sean la situación de lo extraño, lo complicado o lo exótico que se analiza y lo que se supone es la verdadera situación que conocemos bien. Arnold Feldman, uno de los primeros sociólogos en estudiar lo que en su época se denominó «países subdesarrollados», solía contar la anécdota de que fuera adonde fuera a dar alguna conferencia sobre los patrones de desarrollo hallados en su trabajo, siempre había alguien que le retrucaba «Pero eso no es así en Pago Pago». Podía ser cierto o no que lo que Feldman analizaba no se aplicara a Pago Pago, pero ¿cuál es la importancia de la objeción? El crítico de Feldman podía tener la intención de negar la existencia de esos patrones, o negar la existencia de patrones en general. Pero, en ese caso, ¿qué sentido tiene ir a estudiar lo que sucede en Pago Pago? ¿Somos cazadores de mariposas? También podía ser que el crítico de Feldman se propusiera mostrar que las fórmulas del sociólogo eran demasiado simples y que, para ser útiles, debían complejizarse. O quizá solo tenía la sensación de que los organizadores de la conferencia tendrían que haberlo convocado a él y no a Feldman. La crítica es una herramienta crucial de las ciencias sociales históricas, pero no la crítica hecha a tontas y a locas.

Y esto me vuelve a traer a la cuestión de los relatos. ¿A quién no le gustan los relatos? Son formas comprensibles y atractivas, y por ello admirables, de comunicar una visión de la realidad. Por supuesto, hasta las más arduas ecuaciones diferenciales son una forma de relato, aunque seguramente no la que más se disfruta. En los últimos años, los macrorrelatos fueron blanco del ataque de otros narradores, que se dedican a los microrrelatos y por eso opinan que lo micro es superior a lo macro. Pero, claro está, lo micro es un escenario donde se muestra lo macro, y no puede comprenderse sino con referencia a este. En el fondo, todos los relatos son macrorrelatos, de modo que la única pregunta posible es si un macrorrelato es defendible o no.

La cultura de las ciencias sociales históricas que yo imagino no se opone a las teorizaciones ni a las teorías, pero se muestra cautelosa ante los cierres prematuros. De hecho, su principal característica sería la amplitud de datos, de métodos y de relaciones con el resto del mundo del saber. Lo que más la ayudaría a crecer sería la producción de análisis sólidos en un clima de debate escéptico pero tolerante. Por su-

puesto, estoy presuponiendo que en los próximos 50 años superaremos el divorcio reciente (tiene solo dos siglos) entre la ciencia y la filosofía, es decir entre las llamadas dos culturas, y que emprenderemos un camino de construcción de una única epistemología para todo el saber. En este escenario, una ciencia social recargada, que sea tanto estructuralista como historicista, podrá proporcionar el vínculo fundamental entre lo que hoy llamamos ciencias naturales y humanidades.

La aventura de las ciencias sociales históricas está en pañales. Tenemos frente a nosotros la posibilidad de optar en el plano de la racionalidad material en un mundo intrínsecamente incierto, y eso debe ser fuente de esperanza en esta época sombría, de transición histórica entre un sistema-mundo y el siguiente, una transición que, necesariamente, también tiene lugar en las estructuras del saber. Hagamos al menos un intento serio por reparar nuestras formas colectivas de acción y buscar nuevos caminos que nos sirvan. Hagamos que nuestras disciplinas sean menos dudosas.

Reconocimientos

Los trabajos incluidos en esta obra fueron publicados por primera vez en las siguientes publicaciones.

Capítulo 1, For science, against scientism: the dilemmas of contemporary knowledge production, publicado en Partha Nath Mukherji (comp.), *Methodology in Social Research: Dilemmas and Perspectives*, pp. 87-92. Copyright © Partha Nath Mukherji 2000. Todos los derechos reservados. Reproducido con el permiso de los tenedores de los derechos y la editorial, Sage Publications India Pvt. Ltd., Nueva Delhi, India.

Capítulo 2, Social sciences in the twenty-first century, publicado en Ali Kazancigil y D. Makinson (comps.), *World Social Science Report, 1999*, pp. 42-49. Copyright © 1999 Unesco. Reproducido con el permiso de Unesco.

Capítulo 3, The end of certainties in the social sciences, publicado en *Scienza e Storia*, núm. 13, 2000: 17-29. Gentileza de Giampiero Bozzolato, Cisst (Centro Internazionale di Storia della Nozione e della Misura dello Spazio e del Tempo).

Capítulo 4, Braudel and interscience: a preacher to empty pews?, publicado en *Review*, vol. 24, núm. 1, 2001: 3-12. Gentileza de *Review*.

Capítulo 5, Time and duration: the unexcluded middle, or reflections on Braudel and Prigogine. Reproducido con el permiso de Sage Publications Ltd., de Time and duration: the unexcluded middle, en *Thesis*